

MUSEO DE BELLAS ARTES DE ASTURIAS

Palacio de Velarde
Santa Ana, 1 | 33003 Oviedo
Teléfono 985 21 30 61 | Fax 985 20 64 00

correo electrónico:
museobbaa@museobbaa.com (general)
visitantes@museobbaa.com (programas educativos)

HORARIO DE INVIERNO

Martes a viernes
10:30 a 14:00 y 16:30 a 20:30

Sábados
11:30 a 14:00 y 17:00 a 20:00

Domingos y festivos
11:30 a 14:30

Lunes cerrado



MUSEO DE
BELLAS ARTES
DE ASTURIAS



FUNDACIÓN
Mª CRISTINA MASAVEU PETERSON
www.fundacioncristinamasaveu.org

D.L.: AS 175-2015

© de la reproducción: Fundación María Cristina Masaveu, 2013. Autor de la fotografía: Marcos Morilla.

Virgen con el Niño, ca. 1660-1665, de Bartolomé Esteban Murillo. Propiedad: Colección Masaveu.

LA OBRA INVITADA

VIRGEN CON EL NIÑO, CA. 1660-1665

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

COLECCIÓN MASAVEU

ENERO - ABRIL 2015



FUNDACIÓN
Mª CRISTINA MASAVEU PETERSON
www.fundacioncristinamasaveu.org



MUSEO DE
BELLAS ARTES
DE ASTURIAS

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

VIRGEN CON EL NIÑO, CA. 1660-1665

COLECCIÓN MASAVEU

Óleo sobre lienzo, 103,2 x 82,7 cm

Bartolomé Esteban Murillo (Sevilla, 1617-Cádiz, 1682) es reconocido como uno de los grandes nombres de la pintura en la España de la Edad Moderna. Perteneciente a la segunda generación de maestros del barroco, representa un caso a la vez prototípico y excepcional en su tiempo. Por una parte su éxito se debió a su personal tratamiento de los temas religiosos, en los que también se concentró la mayoría de sus compañeros de profesión. Pero en cambio, muy pocos artistas pudieron alcanzar un modo pictórico tan singular fuera del medio cortesano. Aunque visitó ocasionalmente Madrid, donde hubo de conocer la importante colección real y las prácticas artísticas de los pintores de los Habsburgo, su carrera se desarrolló en y para Sevilla. Su fórmula se basó en la fusión de elementos italianos y flamencos con la tradición hispánica para aplicarlos a la demanda devocional de la ciudad del Guadalquivir y su entorno.

De familia ajena al medio artístico, Murillo recibió su primera formación del pintor Juan del Castillo, educado en los últimos destellos del primer naturalismo. Si bien Murillo despuntó en la década de 1650 por su asimilación de las formas del pleno barroco, con composiciones dinámicas, un colorido rico y brillante, así como por una pincelada suelta muy efectista. Con estas armas acabó por imponerse en el panorama artístico sevillano después de la gran epidemia de peste de 1649, dando espléndida expresión visual a la religiosidad del momento. Murillo se reveló como intérprete de una especie de «optimismo exultante», pero a la vez sutil y cargado de elementos afectuosos que implican al espectador. Sus recursos expresivos y sus suaves tipos humanos, precursores en parte de la estética del siglo XVIII, calaron tan hondamente que la estela murillesca se prolongó en la pintura sevillana hasta el siglo XIX.

La *Madonna* Masaveu fue pintada por Murillo en su primera madurez. Constituye un magnífico paradigma de su producción, a la vez que de una iconografía poco arraigada en España que él abordó con frecuencia. Aunque se remonta a viejas convenciones bizantinas, la representación de la Virgen sentada con el Niño se vincula a la pintura italiana del Renacimiento que, posteriormente, asimilaron y reinterpretaron los artífices flamencos. Se trata pues de una exposición directa de la maternidad de María carente de una advocación concreta. Aunque su finalidad devocional resulta innegable,

también encierra un trasfondo de emulación artística y competencia entre maestros de períodos distintos.

Murillo pintó estas *Madonnas* desde época temprana, como tema que se avenía perfectamente a su sensibilidad. Además conocería antecedentes presentes en España, que supo traducir a su personal manera. La severidad mezclada con dulzura, la mirada directa al espectador de Madre e Hijo, y la sensación de grupo compacto destacando sobre la penumbra que se advierten en el ejemplar de la colección Masaveu, tienen, por ejemplo, un directo precedente en Bartolomeo Cavarozzi (Viterbo, ca. 1590-Roma, 1625). Pero también sugieren ecos de pintores de fama incontestable del Renacimiento y Barroco, como Rafael Sanzio (Urbino, 1483-Roma, 1520) y Guido Reni (Bologna, 1575-1642), que también hubo de conocer por medio de la estampa. A todo ello el sevillano añadió un sentido suntuoso del color y la soltura en el manejo del óleo que en especial recuerda a Anton van Dyck (Amberes, 1599-Londres, 1641).

El resultado fue una obra de afortunada simplicidad y singular atractivo, basado en el aplomo de los personajes iluminados directamente, su suave gestualidad y el colorido profundo de las ropas de la Virgen. La combinación del denso azul lapislázuli del manto, la túnica de un fuerte rosado y los ribetes de la blanca camisa asomando se repite en otros lienzos de mediados de la década de 1650. Característicos también resultan el modelo femenino y el delicado gesto protector, correspondido por el Niño posando la mano sobre su seno. Esta sencilla conexión no es una banal muestra de afecto, sino que manifiesta la naturaleza humana de Cristo. En cambio su divinidad sólo es destacada con el breve destello luminoso alrededor de su cabeza.

El cuadro, de cuya creación se desconocen las circunstancias, obtuvo gran fama pues se ha localizado hasta una docena de copias y versiones. El lienzo Masaveu es la versión original de la que dependen el resto. La procedencia más antigua conocida data del siglo XIX, cuando pertenecía a la colección del infante Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza en Madrid.

Ángel Aterido
Universidad Complutense de Madrid